



Universidad
Nacional
de Rosario

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final.

Título: La función paradójica del objeto como objeto de consumo

Modalidad de presentación: Ensayo

Alumna: Pérez Fontela María Noel.
Legajo: P-5620/1
Correo: perezmarianoel99@gmail.com
DNI: 41.311.723

Docente responsable: Haideé Garibaldi.

Agradecimientos

A Haideé, mi guía y transmisora en este recorrido académico, por iniciarme en la profesión.

A mi analista, precursor de mi orientación psicoanalítica.

A mi familia, que me inculcó la educación como bandera.

A Azul y a Lu, por ser hogar.

A Gina y a mis amistades, incondicionales compañeras.

A Valen, cotutor, por su lectura atenta, inteligente y tierna.

A mis docentes y a la Universidad pública.

Y a mí, por la pulsión vocacional incontrolable.

RESUMEN.....	4
PALABRAS CLAVES.....	4
INTRODUCCIÓN.....	5
DESARROLLO	9
I. La función paradójal del objeto.....	9
II. La droga como objeto de consumo.....	11
III. El Sujeto ubicado en el lugar de objeto.....	13
IV. El campo del goce.....	15
V. Adicción. Entre el goce, la angustia y el deseo.....	16
CONCLUSIONES.....	19
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	21

RESUMEN

El presente ensayo aborda las adicciones desde una perspectiva psicoanalítica. Interrogando acerca de la función paradójica del objeto como objeto de consumo, en tanto la sustancia se presenta como una promesa de satisfacción que sumerge al sujeto en el campo del goce mortífero y la alienación.

Asimismo, se examina la posición del sujeto que podría verse reducido al lugar de objeto, identificándose con la sustancia producto de accidentes discursivos que tendrían relación e implicancia en el lazo social. Este recorrido se inscribe en el campo del goce, donde la repetición pulsional cobra un estatuto central frente a la insuficiencia del significante. Finalmente, se ubica la adicción entre el goce, la angustia y el deseo, proponiendo que la intervención analítica debe apuntar a que el objeto se vuelva perdible para que la angustia dé lugar a una nueva pregunta subjetiva.

Partiendo entonces de la hipótesis de que el consumo problemático puede ser pensado como efecto de un accidente discursivo que intenta obturar la falta, se arriba a la conclusión de que es quitando consistencia a la sustancia que se hace posible un trabajo analítico.

PALABRAS CLAVES

Consumo problemático. Campo del goce. Discurso. Causa de deseo.

INTRODUCCIÓN

“¿Por qué todo lo que me gusta es en exceso y me hace mal?” consulta angustiado uno de los pacientes en el espacio grupal de una clínica especializada en consumo. El resto de los miembros del grupo lo escuchan, lo compadecen, se identifican. Luego, miran de reojo a los psicólogos que coordinan el espacio buscando respuestas que, sin embargo, estos no tienen. Los pacientes se autodefinen y son definidos como “enfermos”, personas dependientes, que han perdido poder ya que un objeto, sustancia y dinero, los domina. Los domina y “no pueden parar”. Construyen a partir de su problemática una parte más de su identidad: nombre, apellido, sustancia que consumen, tiempo que llevan “limpios” y detienen el relato.

A veces creo que nunca voy a cambiar, siempre es lo mismo. – plantea otro de los pacientes.

Arruino todo, parece que lo hago a propósito. – relata un tercero.

Seguido a ello, un cuarto miembro del grupo, pregunta: ¿Vos te querés morir? – Nadie responde.

Surge de estos discursos una cuestión paradójica. ¿Cómo se conjugan el deseo con la pérdida? ¿Podemos pensar a las adicciones como “puro acto” sin que entre entonces el deseo del paciente en esta ecuación? ¿Qué lugar ocupa la angustia?

La adicción podría leerse como un fenómeno articulado al orden del decir: aquello que no logra inscribirse en la cadena significativa retorna bajo la forma de un goce que no encuentra mediación simbólica. Pone en juego un modo de tratamiento de la angustia, donde el objeto viene a suplir la ausencia de simbolización. El consumo supone un “impedimento por parar” donde se enraíza la compulsión a la repetición incesante e insistente. Y una imposibilidad de estar bien, que podríamos pensar en el campo del goce.

A partir de estos interrogantes que surgen en mis prácticas preprofesionales con pacientes que atraviesan consumos problemáticos, el presente ensayo —titulado ‘La función paradójica del objeto como objeto de consumo’— se propone como un espacio de formalización teórica para indagar en la singularidad de estos procesos. El problema del presente escrito radica en desentrañar la disyunción entre el goce pulsional (referido a la pulsión de muerte) y la causa del deseo, interrogando si es posible pensar las adicciones situando la implicancia subjetiva. Este recorrido busca dilucidar el estatuto del objeto de consumo y su relación con la angustia, entendiendo que el fenómeno del consumo no es una entidad aislada, sino una respuesta estructural que pone en juego la economía libidinal de cada sujeto.

En el discurso del paciente puede producirse un corte que haga lugar a su decir y permita situar algo de su deseo, estructurado por la falta constitutiva que la sustancia pretende obturar. Se trata de producir una hiancia donde el goce deje de presentarse como puro acto. Al respecto, Silvia Inchaurreaga (1997) realiza un recopilado donde aclara que: “La escucha del analista intentará situar el lugar que el tóxico ocupa en su discurso, revelando la función del goce, en la economía libidinal de cada paciente” (p. 112). Se trata entonces de interrogar qué función viene a ocupar la sustancia en la economía de goce del sujeto, qué tratamiento de la angustia posibilita y qué modalidad de lazo al Otro instituye o rechaza. La cuestión no es la sustancia en sí misma, sino la función que ésta cumple en la estructura subjetiva: qué lugar ocupa en la economía libidinal y qué relación establece entre el goce y el deseo.

Los pacientes son atormentados por planteos existenciales acerca de la vida y la muerte, la religión, la fe, Dios, la esperanza y el agradecimiento. “Si tengo todo, debería estar agradecido. Miro a mi alrededor, sufro, y la culpa por no valorar cada momento se inmensifica”. Una deuda impagable. Culpándose por “no hacer las cosas como debería ni estar lo suficientemente felices”, erigiendo un superyó aplastante.

Se conjuga la falta con los intentos de alcanzar aquello que se estructura como imposible. Los psicólogos coordinadores del espacio grupal que los convoca interrogan: ¿No será muy pretencioso deber estar constantemente agradeciendo? La dimensión del sufrimiento no cesa, y frente a las exigencias propias del sujeto y de un sistema que impone

la inmediatez, la felicidad y la satisfacción absoluta, entonces el vacío atormenta. A partir de este fenómeno es donde propongo abordar la noción de objeto a, en tanto ocupa una función en la estructuración del psiquismo. A partir de allí se tratará de indagar acerca de cuál es el lugar que el objeto droga ocupa en la singularidad de un sujeto y asimismo cómo el sujeto se posiciona.

Como hipótesis de trabajo, se plantea que la intervención analítica podría orientarse, en un primer momento, a producir algún desplazamiento en la relación con el objeto de consumo, de modo tal que éste pueda volverse, al menos parcialmente, perdible. A partir de allí, podría eventualmente abrirse la posibilidad de una interrogación por parte del sujeto, no como condición previa, sino como efecto posible del trabajo analítico.

El campo del goce atraviesa esta exposición ya que, aun siendo complejo de delimitar, nos permite interrogarnos acerca del objeto droga. Sin pretender hacer una genealogía del concepto, puesto que se resiste a ser conceptualizado, revisando algunos apartados, del seminario 20 Lacan (1973) refiere al goce como: "aquello de lo que se puede prescindir menos" (p. 19). Como así también en el seminario 11, titulado Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1971), postula al goce como una dimensión fundamental de la existencia humana: "El goce, es decir, ese modo de relación del hombre con el ser que lo satisface, es lo que da al ser su valor. El hombre, sin el goce, no tiene valor, no tiene interés" (p. 171). Podríamos pensar a partir de estas coordenadas de lectura, sin el goce la vida no tiene sentido, pero en el consumo puede aparecer aparece asimismo la pérdida y la angustia.

Los pacientes postulan que los consumos comienzan cuando aparecen en sus pensamientos imágenes disruptivas, sonidos angustiantes, recuerdos que quisieran reprimir. Por momentos su objetivo es alcanzado, se sumergen en grupos, jergas y rituales que les hace olvidar, al menos parcialmente, los motivos por los cuales se refugiaron en el consumo. No obstante estas ideas siguen apareciendo en su cabeza de manera compulsiva. El consumo es algo que vela, pero tampoco proporciona placer, al menos no por mucho tiempo. Los pensamientos retornan. La mortificación se inmensifica. Lo real se cuele. El agujero no se remienda.

Con posterioridad, cuando las consecuencias del consumo se tornan insostenibles, muchas veces derivados por terceros, los pacientes llegan a un dispositivo psicoterapéutico. El abordaje, tanto grupal como individual, no apunta únicamente a la supresión del consumo como tal, sino a introducir una pregunta que opere como corte en el discurso, produciendo una nueva articulación significativa que modifique la economía de goce. Allí donde predominaba el acto, puede comenzar a inscribirse un decir; y en esa torsión, algo del deseo —velado por la sustancia— puede empezar a delinearse. En este movimiento, el sujeto deja de quedar enteramente capturado por los significantes del Otro —familiares, sociales, institucionales— que lo nombran como "adicto", para comenzar a situar su posición en relación con aquello que dice no saber que quiere. Estructuralmente, desde que se ingresa en el orden del lenguaje, postula Lacan, se produce una falta.

Los pacientes caen a un dispositivo psicoterapéutico, y utilizamos estos términos no ingenuamente, ya que cabe inquirir acerca de qué condiciones son necesarias para que aparezca un tratamiento posible. Puede ocurrir que a partir de una pregunta aparezca la pérdida, el arrepentimiento y la culpa. "Todavía siento el gusto de la sustancia en la boca, me repugna" describen. En este punto, cabe preguntarse por la función del superyó, una de las instancias del psiquismo, que representa la internalización de las normas, valores y prohibiciones culturales y parentales. Freud describió al superyó como la parte del psiquismo que actúa como una especie de "juez interno" o "conciencia moral". (Freud; 1923). Contrario a lo que las representaciones sociales consideran, "el adicto" no es vulnerable, ni el eslabón más débil de su familia que por tanto presentaría los síntomas, sino aquel sobre quien los mandatos, presiones, obligaciones y moral recaen y yacen pesadamente.

Paradójicamente los relatos van de la mano del: "me gusta consumir" – poniendo en juego algo que pertenece a la dimensión del placer, un placer que deja de serlo cuando se convierte en sufrimiento y compulsión. ¿Se tratará entonces de un "más allá" del

principio del placer”? George Henri Melenotte en su libro *Sustancias del Imaginario* retoma a Freud y refiere a los estupefacientes como “satisfacción sustitutiva” que constituye un dique al sufrimiento, pudiendo ser asimismo fuente de sensación de placer (2004). Establece entonces que se construye una experiencia en la alteridad, aunque el autor no construye aun una diferencia aun exacta entre el placer y el goce (p. 33)

La compulsión a la repetición implica un acontecimiento que, por su magnitud, perturba en el psiquismo. Permanece como energía no ligada y por ende, retorna, como un intento de inscribirse (Freud; 1920). Si ubicamos a las adicciones en un entrecruzamiento entre el goce y el deseo, y en el hacer condescender el goce al deseo aparece, siguiendo la lectura del Seminario 10 de Lacan, la angustia, ¿qué podemos postular acerca de las adicciones? La angustia podría ser ubicada en las recaídas, vislumbrándose aquel momento en el cual un paciente, pese a sus intentos, vuelve a consumir. Esboza su síntoma: Quiere dejar de consumir, pero recae. Prepara la recaída en silencio, aparece algo insoportable, planifica, comienza con sus rituales y, sin decir nada, desaparece de los dispositivos terapéuticos.

¿Qué significa entonces Re-caer? Podríamos leer en algunos casos: Repetir el acto de caer. Arrojar a lo real, identificarse con el resto objeto de desecho, salirse de la escena. Cuando aquello que retorna irrumpe, el sujeto queda nuevamente capturado en un circuito de goce que prescinde del decir, reinstalando el acto allí donde podría inscribirse la palabra.

Hay algo que no termina sin embargo de caer y aparece la necesidad imperiosa de la repetición pulsional. La recaída supondría conjugar el goce pulsional, esto imposible de decir, con este resto causa del deseo. Es el límite donde se conjugan ambas dimensiones en tanto entra en juego la problematización y la angustia en el discurso del paciente, aquello que se puede comenzar a bordear en análisis para que se produzca un corte y un movimiento.

¿Recaer? Puede suponer a un sujeto que ya no se presenta con un: “así se goza”, con ese plus de gozar del cual Lacan nos habla en el Seminario 17 (1969/70), sino que se inscribe en el orden del lenguaje, ubicando una trama discursiva, un problema y una relación con la sustancia que se hace síntoma. Algo de este acto puede comenzar a fallar a partir de cada intervención que hace corte en el discurso, y por tanto producir un corte en el cuerpo entendido en tanto falo. Si la consistencia del cuerpo se produce hablando, un corte al nivel del decir produce entonces efectos en el cuerpo y en la economía pulsional.

Podría situarse que en la adicción ocurren dificultades o accidentes en la inscripción discursiva. Es decir, modos en los que el sujeto queda en los márgenes del lazo social. Desde esta perspectiva, la intervención analítica no se orienta a la supresión del consumo, sino a la interrogación de la función que éste cumple.

En este sentido, Sylvia Le Poulichet desarrolla la idea de que las adicciones están vinculadas a la dinámica psíquica de cada individuo y se relacionan con otros aspectos de su vida psíquica. Siguiendo esta línea, la autora plantea que la droga puede funcionar como la tentativa de cerrar un cuerpo ante el avance intrusivo del Otro (Le Poulichet, 2005). Se esgrima así el modo en el cual el paciente limita el registro de lo simbólico, se vuelve objeto y cae de la escena. La droga ocupa el lugar de objeto sustituto para que el sujeto no se convierta en objeto del Otro, y por ende sea objeto de desecho, que se arroja a lo real, o bien es aplastado. La relación con ese Otro es atormentante, y en un intento de silenciar los fantasmas, aparece la droga en tanto objeto.

La angustia juega un rol fundante en este “hacer condescender el goce al deseo” del que nos habla Lacan (1963-1964) en su seminario 10, y el cuerpo concebido en su consistencia fálica debe sufrir cortes que parten desde el nivel del discurso. Con la lectura de este seminario emprenderemos este recorrido que se orienta hacia el momento de cruce entre goce y deseo. Lacan, en el apartado XVII, postula:

...el objeto que funciona como resto de la dialéctica entre el sujeto y el Otro, está todavía por definirse en el campo del deseo [...] Si he optado proceder este año a partir de la angustia, es porque este camino revivifica toda la dialéctica del deseo (Lacan; 1962-63, p.53).

Por lo tanto, propongo dilucidar esa encrucijada, la disyunción entre el goce pulsional y la causa del deseo, el momento en el cual la adicción deja de ser placentera para aparecer el sufrimiento y de qué modos la angustia entra en juego en esta operación. De esta manera, algo del “Yo” (je) del sujeto padeciente, en falta y por ende deseante, puede comenzar a inscribirse.

Para ello, recuperaremos la dimensión del lenguaje en este “acto” que suponemos en el consumo. La dirección es entonces posibilitar que el sujeto se asuma en tanto sujeto barrado, inscripto en el orden del lenguaje, produciendo una nueva cadena de enunciación donde el goce deje de presentarse como pura repetición y pueda articularse al deseo. Se trataría de que a partir de la escucha sobre la función que este objeto representa, el sujeto recupere su voz y soporte la falta a partir de la apertura de una nueva cadena discursiva.

Podríamos situar a la adicción dentro del campo del goce, que emerge allí donde el deseo queda obturado por la fijación pulsional; en ese punto de disyunción entre goce y causa del deseo, la angustia opera como señal estructural. La intervención analítica, al introducir un corte en el discurso, produce una torsión en la economía de goce que incide en el cuerpo, posibilitando una nueva articulación entre el decir y el deseo.

Con este propósito, emprendemos un recorrido teórico que articula fundamentalmente conceptos centrales del seminario 10, como así también del Seminario 17, pensando la adicción en el campo de goce promovido por el discurso. Y por último, ciertas coordenadas del Seminario 20, donde el eje del goce es central. La adicción puede pensarse como un modo de goce que bordea lo imposible de decir, un goce que de todo el cuerpo.

DESARROLLO

I. La función paradójica del objeto.

¿Dónde se ubica el consumo, del lado del goce o del deseo? ¿Qué función cumple? ¿Cuál es el lugar de la angustia? No resulta preciso referir a una clínica específica de las adicciones, sino de lo que se trata es de hallar qué lugar ocupa el objeto en la singularidad de un sujeto y en su estructura psíquica. Es en este sentido que nos proponemos dilucidar la siguiente hipótesis: la adicción no puede reducirse al estatuto clásico de síntoma neurótico, sino que opera como una modalidad singular de regulación del lazo entre el sujeto y el Otro.

En esta operación puede situarse el objeto droga, no como sustancia, sino como aquello que el sujeto utiliza para intentar no quedar reducido al lugar de objeto del Otro. Sin embargo, esta tentativa no lo sustrae de la estructura, sino que lo fija a un circuito de goce.

En su Seminario II, titulado *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Lacan (1954-1955) define al Sujeto en tanto categoría. Distinguió entre el "yo" (moi) y el "sujeto" (sujet), diferenciando la construcción especular y fragmentada del registro de lo imaginario, del Sujeto ubicado en el dominio de lo simbólico. Al respecto: "Es el sujeto, no en su totalidad sino en su abertura" (Lacan, 1954-1955, p.365). Proponiendo así que "el Sujeto no sabe lo que dice, y por las mejores razones, porque no sabe lo que es" (p.367). El Sujeto adviene como efecto de los significantes que lo representan en el campo del Otro, en esa dependencia se inscribe una pérdida estructural cuyo resto será formalizado posteriormente como objeto a.

Siguiendo los desarrollos de Lacan (1963) en su seminario *La angustia*, la identificación especular sólo adquiere valor estructurante en la medida en que es ratificada en el campo simbólico. La constitución del sujeto implica su inscripción en el campo del Otro, sede de los significantes. Esta operación no se realiza sin pérdida: de la articulación entre el sujeto y el Otro resulta un resto que no se integra al orden simbólico. Es en este punto donde Lacan sitúa el objeto a como residuo estructural. Al respecto, "el sujeto se constituye en el lugar del Otro y su marca se constituye en la relación con el significante" (p.42). La identificación imaginaria sólo adquiere consistencia en tanto es sancionada simbólicamente. Es en esta operación donde se inscribe una pérdida constitutiva.

Existe entonces una dependencia del Sujeto hacia el Otro en tanto sede de los significantes, describiendo una ecuación divisoria de la cual resulta un resto. Se ubica una falta estructural que vincula el deseo a un objeto perdido:

El Otro concierne a mi deseo en la medida de lo que le falta. [...]. Por eso para mí no sólo no hay acceso a mi deseo, sino tampoco sustentación posible de mi deseo que tenga referencia a un objeto, cualquiera que sea, salvo acoplándolo, anudándolo con esto, el \$, que expresa la necesaria dependencia del sujeto respecto al Otro en cuanto tal (Lacan; 1963, p. 32)

Todo objeto en tanto investido en la economía libidinal se articula al objeto a como resto de la operación significativa (Lacan, 1963). Se trata del residuo estructural que causa el deseo y sostiene la falta. De la relación entre el Sujeto y el Otro, el Sujeto se inscribe como cociente y de esta operación resulta un resto.

El objeto de deseo está perdido, no se encuentra disponible. La pérdida genera una dinámica constante de búsqueda y anhelo, siempre hay algo que falta para colmar su deseo. "Lo que ahora está de mi lado es lo que me constituye como inconsciente, a saber, $\mathcal{A}$, el Otro en la medida en que yo no lo alcanzo" (Lacan; 1963, p. 36). Podríamos pensar que en esta vinculación entre el Otro y el Sujeto, aparecen diversas formas de relación, donde la búsqueda por la completud, estructuralmente inalcanzable, podría bien motorizar el deseo, ya que el objeto está detrás del deseo y es causa del deseo, o bien ubicar al Sujeto atrapado y disminuido frente a un Otro avasallante.

En el Seminario 10, Lacan sitúa al objeto a como resto de la operación significativa que constituye al sujeto en el campo del Otro. El sujeto no accede al deseo sino en tanto

marcado por una pérdida estructural. De esta división surge un residuo que no se integra plenamente al orden simbólico: el objeto a, causa del deseo y, a la vez, soporte del goce.

En el Seminario 17 (1969/70), Lacan precisará que este resto es efecto del discurso (p. 45). El objeto a funciona como plus-de-gozar: excedente que el discurso genera y que, lejos de colmar la falta, la reactiva. Lacan afirma que el sujeto se identifica con el objeto en tanto objeto de goce (p. 52), vía privilegiada de acceso al mundo del Otro.

La función paradojal del objeto radicaría en que aquello que surge como resto de la dependencia del sujeto respecto del Otro se convierte, simultáneamente, en aquello que parece protegerlo de ese mismo Otro, aun cuando esa protección no haga sino reinscribirlo en el circuito del goce.

En la adicción, la droga puede ocupar el lugar de ese objeto como intento de mediar la relación con Otro vivido como intrusivo o avasallante. Sin embargo, lejos de resolver la tensión estructural, fija al sujeto en un circuito de goce que ya no se articula como causa del deseo sino como satisfacción inmediata del cuerpo.

Respecto al Otro, “¿Qué quiere en lo que concierne a este lugar del yo?” (Lacan; 1963, p.14). El fantasma organiza la respuesta del sujeto frente a la pregunta por el deseo del Otro. Allí el sujeto supone un objeto que el Otro quiere y se posiciona o bien se ofrece como aquello que vendría a colmar la falta del Otro. En este sentido:

dos registros – por una parte, el mundo, el lugar donde lo real se precipita y, por otra parte, la escena del Otro, donde el hombre como sujeto tiene que constituirse, ocupar su lugar como portador de la palabra, pero no puede ser su portador sino en una estructura que, por más verídica que se presente, es estructura de ficción. (Lacan; 1963, p. 129)

Esta distinción permite comprender que el sujeto sólo puede ocupar un lugar en la escena a condición de inscribirse en una estructura ficcional sostenida por el significante. Es en esta estructura escénica donde el objeto adquiere su estatuto paradojal: resto estructural que causa el deseo, pero también punto de condensación del goce.

La droga como objeto de consumo aparece para mediar esta relación conflictiva entre el Sujeto y el Otro, de manera que el Sujeto no quede reducido al lugar de objeto. Lacan (1963) señala “todas las cosas del mundo entran en escena de acuerdo con las leyes significantes” (p.43). Es decir, el mundo mismo queda subordinado a la escena del Otro. Al respecto:

Está la identificación con i(a), la imagen especular como la encontramos en la escena dentro de la escena, y está la imagen más misteriosa, cuyo enigma comienza a desarrollarse aquí, con el objeto del deseo en cuanto tal, a [...] Hay reconocimiento retroactivo del objeto que se encontraba ahí. (Lacan; 1963, p.47)

La distinción entre i(a) y objeto a resulta fundamental para pensar la adicción. No se trata de una identificación imaginaria, sino de una fijación al objeto en tanto resto de goce. Allí donde la escena simbólica no logra tramitar la falta, el objeto puede ser capturado bajo la forma de una sustancia que promete obturarla, pero que, en lugar de sostener el deseo, intensifica el circuito del goce.

Podemos en este punto vislumbrar la relación que nos proponemos descubrir en la obra lacaniana acerca de la relación del Sujeto con el Otro y el estatuto del objeto en tanto objeto del deseo. El Sujeto es introducido por el Otro en el orden del discurso, ¿qué ocurre cuando el sujeto no logra sostener su inscripción en el discurso? ¿Qué encontramos más allá del significante?

Cuando el significante no logra operar como límite del goce, el lazo con el objeto no desaparece, sino que éste retorna bajo la forma de un goce que ya no se articula como causa del deseo, sino como satisfacción directa del cuerpo. En este punto, la angustia señala la proximidad de aquello que no logra simbolizarse. Lacan articula en el seminario 20 (1973) que el significante es causa del goce.

Si el significante produce efectos en el cuerpo, el goce no es un fenómeno puramente psíquico sino corporal. El consumo puede leerse como un modo de localizar el goce en el cuerpo, prescindiendo del rodeo significativo que implica el deseo. Allí donde el discurso no logra operar, el cuerpo goza.

II. La droga como objeto de consumo.

¿Qué podemos decir entonces de la droga entendida como objeto de consumo? Frente a las exigencias del Otro y la aparente insuficiencia del sujeto, la droga puede aparecer como un objeto sustituto. Podría pensarse que ocupa un lugar reconstitutivo, en tanto se trata de evitar que el propio sujeto se ofrezca como objeto del Otro. En este movimiento, el consumo funcionaría como intento de sostener una posición subjetiva allí donde la relación con el Otro amenaza con reducirlo a resto de la operación significativa.

En este punto, resulta pertinente articular la problemática del consumo con la dimensión del discurso. Tal como plantea Anabel Salafia en *Esquizia y necesidad de discurso*, no se trata de un exceso de goce, sino de una falla en la inscripción discursiva que permita tramitar la falta estructural. Allí donde el significante no logra operar como mediación, el acto se impone como respuesta. La droga aparece entonces como respuesta inmediata frente a una imposibilidad de decir, intentando obturar la falta. La “necesidad de discurso” a la que refiere la autora permite pensar que no se trata simplemente de suprimir el consumo, sino de producir las condiciones para que algo pueda decirse allí donde antes sólo había acto. (Salafia; 1990)

En este sentido, puede pensarse siguiendo a Lacan (1969/70) que el objeto consumido no es ajeno al discurso que lo produce. El plus-de-gozar es efecto del discurso mismo, y el sujeto es interpelado en tanto consumidor. La droga encarna así una modalidad privilegiada de ese objeto que parece prescindir de la falta y ofrece un goce sin mediación simbólica. La adicción es un modo particular de inscripción subjetiva en un discurso que produce objetos de goce en serie.

El objeto a designa el resto estructural que resulta de la operación significativa. Se trata de aquello que queda como pérdida en la constitución del sujeto en el campo del Otro. Este objeto perdido motoriza el deseo, deseo inalcanzable al cual sólo nos aproximamos de manera ilusoria a través de objetos sustitutivos. En este sentido, Lacan (1963) postula:

Quando Freud habla del objeto a propósito de la angustia se trata siempre de este objeto a [...] La ambigüedad se debe a que no podemos sino imaginarlo en el registro de lo especular. (Lacan, 1963, p. 50)

Este resto causa del deseo no tiene imagen especular, y el sujeto puede pensarse en tanto habla. Lacan (1963) diagrama un esquema utilizando como herramienta las leyes de la óptica, mientras más nos acercamos al espejo (plano imaginario), más lejos nos encontramos del objeto que allí se refleja. Metaforiza lo inalcanzable del deseo, el resto insatisfecho y el plano simbólico que en este ensayo nos concierne, postulando que es el significante aquel que introduce el engaño.

En el consumo problemático se pone en juego una modalidad de goce que puede definirse como satisfacción inconsciente experimentada como sufrimiento. Se trata de una satisfacción que no se orienta por el principio del placer, sino que insiste bajo la forma de compulsión a la repetición. Sin profundizar aún en la dimensión pulsional que será abordada más adelante, puede señalarse que este modo de goce no se articula al deseo, sino que tiende a eclipsarlo. En este terreno, es emergente la angustia, la cual clínicamente permite leer proximidad del objeto a, cuyo lugar la droga intenta colmar. Siguiendo los desarrollos de Lacan en la Clase XVII: “La angustia, señal de lo Real”, perteneciente al Seminario 10, podemos suponer que la angustia implica en sí misma a un sujeto acorralado, implicado y afectado en lo más íntimo de sí. (Lacan; 1963).

Si ocurre que el objeto a se formaliza como causa del deseo, la droga no opera exactamente en ese mismo estatuto. En lugar de sostener la dialéctica del deseo, tiende a obturarla. El consumo desplaza la lógica de la falta hacia una satisfacción que se localiza

directamente en el cuerpo. En el seminario 20, Lacan sitúa un goce que no se deja regular por la mediación significativa. Se trata de un goce que no se ordena por la dialéctica del deseo ni por la referencia al Otro, sino que se localiza directamente en el cuerpo.

La droga puede leerse como modalidad de este goce, no articulado al deseo sino experimentado como satisfacción inmediata que prescinde del rodeo simbólico. Allí donde el deseo implica falta, espera y desplazamiento, el consumo promete inmediatez y cierre. La droga promete acortar esa distancia entre el plano imaginario y el objeto perdido, ofreciendo una ilusión de acceso directo.

En tanto objeto social, la droga se presenta como producto constantemente renovado por el discurso contemporáneo. La oferta de sustancias se intensifica y se diversifica, promoviendo formas de acceso cada vez más directas al goce, y sosteniendo la ilusión de que esta vez el objeto logrará colmar la falta de manera más inmediata. De este modo, el circuito del consumo se alimenta de la producción incesante de objetos que reactualizan y relanzan la promesa de satisfacción. El sujeto queda reducido a consumidor de un objeto que promete plus-de-gozar, pero que no hace sino intensificar la falta que intenta colmar.

Este objeto sustituto produce, en el decir de los pacientes, asco y rechazo una vez consumado el acto. Lejos de tratarse de una reacción meramente moral, el asco puede leerse como efecto del derrumbe de la escena que sostenía la ilusión de completud. Cuando la sustancia ya no logra velar la falta, sostener esa ilusión de completud, irrumpe algo del orden de lo real. Es en ese punto donde la angustia se impone como afecto que no engaña. Siguiendo los desarrollos de Lacan (1963):

La angustia es este corte – este corte neto sin el cual la presencia del significante, su funcionamiento, su surco en lo real, es impensable –, es este corte que se abre y deja aparecer [...] lo inesperado, la visita, la noticia, lo que expresa tan bien el término presentimiento [...] es lo que engaña, lo fuera de duda. (Lacan; 1963, p. 87)

La angustia es una señal de que el sujeto se encuentra en contacto con algo que excede su capacidad de simbolización y que representa un límite en su relación con el Otro y con el mundo. Considerando estos lineamientos, podríamos pensar que en la clínica de lo que se trata es de la emergencia del deseo propio frente a esa demanda del Otro que se impone. La adicción puede leerse entonces como respuesta frente a una relación conflictiva con el Otro, en la cual la droga opera como mediador privilegiado.

Como resultado de la amenaza de que la realidad no pueda ser simbolizada, la angustia permite dilucidar algo de un goce y su condescendencia al deseo. La angustia se convierte en efecto subyacente a la propia adicción, ya que el sujeto puede sentirse atrapado en un patrón de consumo que no logra controlar. Es en este punto donde el querer recuperar algo de la dimensión subjetiva y del control sobre la propia vida aparece como atormentante.

En esta línea, resulta esclarecedor el aporte de Georges-Henri Melenotte (2004), quien subraya que la sustancia ocupa una función como operador imaginario. Se trataría de un intento de “cerrar” el cuerpo frente a la intrusión del Otro. De este modo, la sustancia articularía los tres registros: promete completud imaginaria, intenta suturar la falta simbólica e intensifica la irrupción de lo real.

La droga, en tanto objeto de consumo, no puede reducirse a sustancia ni a síntoma en el sentido clásico. Podríamos pensar que puede cumplir la función de intentar obturar la falta, como objeto producido en un discurso que promueve el plus-de-gozar y como soporte imaginario de una consistencia corporal amenazada. Sin embargo, al prescindir de la mediación del deseo, intensifica la angustia que pretendía acallar. Allí donde el acto sustituye al decir, el goce se impone al cuerpo; pero es precisamente en la irrupción angustiante donde puede abrirse la posibilidad de una nueva articulación significativa. En esa torsión, la droga deja de presentarse como solución absoluta y puede comenzar a inscribirse como síntoma, habilitando un trabajo que restituya al sujeto su lugar en el discurso.

III. El Sujeto ubicado en el lugar de objeto.

El peligro al cual el sujeto se enfrenta es interno y estructural. Se trata de las dificultades inherentes a su constitución como sujeto en el campo del Otro. “Es del orden de lo que llamamos defensa. En el propio término defensa, la función del peligro está en sí misma implicada, pero no por ello queda esclarecida” (Lacan; 1962-1963, p. 174). Se esclarece que el sujeto busca defenderse de un peligro intrínseco e incluso subjetivante. La defensa es frente a un peligro estructural: la proximidad de aquello que, en la constitución misma del sujeto, quedó como resto irreducible. El sujeto busca defenderse de ese punto donde su consistencia vacila, allí donde corre el riesgo de quedar reducido al lugar de objeto en la economía del deseo del Otro.

¿Existe acaso una vía de escape frente a esta condición estructural? El resto que resulta de la operación significativa —aquello que no logra inscribirse plenamente en el campo del Otro— puede operar como causa del deseo, pero también, cuando su proximidad se vuelve insoportable, como punto de anulación subjetiva. En ciertos momentos, el sujeto intenta defenderse ofreciéndose como objeto al Otro, en un movimiento paradójico que busca evitar la angustia que produce esa cercanía.

Cuando esta operación fracasa y el sujeto no logra sostenerse en la escena simbólica, podría ocurrir lo que Lacan denomina pasaje al acto: una salida abrupta de la escena, una caída fuera del marco que organiza la ficción estructurante. “Actuar es arrancarle a la angustia su certeza. [...] ¿Qué hay en los lugares vacíos? Hay pasaje al acto y el acting out” (Lacan; 1963, p. 88).

En este punto cabe interrogarse si ciertas recaídas en el consumo pueden leerse bajo esta lógica. ¿Se trata de un pasaje al acto —caída fuera de la escena simbólica—? El consumo puede presentarse como un modo de sustraerse de la angustia, aun al precio de quedar eyectado del lazo discursivo. Asimismo podría aparecer una mostración dependiendo de la escena y del lugar que ocupe en la trama fantasmática de cada sujeto.

En este punto, es preciso interrogar qué estatuto adquiere el sujeto cuando queda capturado en la inercia del consumo. Podríamos pensar que se produce un accidente en el discurso: allí donde la palabra desfallece y el lazo con el Otro se vuelve precario, el sujeto puede quedar ubicado en el lugar de objeto de un goce que lo desborda.

Esta posición de objeto podría pensarse como una respuesta defensiva ante la angustia. La jerga del consumo, con sus rituales y códigos compartidos, funciona entonces como un discurso alternativo; una prótesis simbólica que podría permitir al sujeto sostenerse en el mundo cuando el deseo no encuentra un cauce significativo.

Allí donde el sujeto queda fijado en el lugar del resto, se produce una vuelta hacia lo real; experiencia de quedar despojado del sostén que la escena simbólica ofrece. La relación conflictiva con el Otro, las diversas formas que adopta el objeto y las estrategias desplegadas para escapar de la angustia convergen en ese punto donde el sujeto se experimenta arrojado. Lacan señala:

De lo real, pues, del modo irreducible bajo el cual dicho real se presenta en la experiencia, de eso es la angustia señal [...] Este real, su lugar puede inscribirse con ayuda del signo de la barra (Lacan; 1963, p. 174)

La angustia indica la proximidad de aquello que no puede simbolizarse. Es en el cuerpo donde ese real encuentra su inscripción privilegiada, no como representación, sino dentro del campo goce. En este entramado, la droga puede ocupar el lugar de un objeto que media la relación con el Otro. No sustituye al sujeto, pero opera como intento de evitar que éste quede expuesto como objeto del deseo o de rechazo del Otro. La sustancia se ofrece para localizar y dominar aquello que irrumpe como angustiante. Sin embargo, lejos de resolver la tensión estructural, fija al sujeto en un circuito de goce que prescinde del rodeo del deseo.

El “puro goce” con el que los pacientes suelen presentarse —un goce experimentado como inmediato, corporal y sin mediación— comienza, en el dispositivo analítico, a confrontarse con la posibilidad de articular una demanda y un deseo posible.

En una sociedad que promueve el consumo ilimitado y eleva el mandato de satisfacción, la droga aparece como uno de los objetos privilegiados de esa economía. Hallamos un efecto y producto discursivo que encarna el imperativo contemporáneo de gozar.

La adicción podría pensarse como una modalidad de fijación de goce en el cuerpo, allí donde el deseo no logra articularse en el discurso. En este sentido, Luis Guinípero sostiene: “Todo este conjunto de intervenciones van a estar comandadas por el intento de transformar, un pedido de asistencia, en cierto grado de interrogación” (Inchaurreaga; 1997. p. 112). La dirección de la cura no consiste únicamente en suprimir el consumo, sino en producir las condiciones para que el acto pueda devenir pregunta.

Para que un tratamiento sea posible, algo del orden de la pérdida debe poder reconocerse; es necesario que el objeto deje de operar como obturador de la falta. Tomando en consideración que con frecuencia los pacientes llegan derivados por terceros, es preciso que se comience a formular una demanda propia y se ubique algo de la dimensión subjetiva en su discurso, que encuentre su palabra para comenzar a nombrar algo de su padecer.

En muchos casos, el propio yo es capturado como objeto, alienado a la sustancia y degradado en la identificación con aquello que consume, convertido en “esa porquería” que pareciera que absorbiera su consistencia simbólica. Se pone en juego el narcisismo en su vertiente más frágil: la imagen especular se vacía de sentido, el cuerpo aparece deteriorado, invadido o fragmentado.

Desde esta perspectiva, el consumo no sólo afecta la economía libidinal, sino que compromete la experiencia misma del cuerpo. El consumo puede leerse entonces como un modo de gozar con todo el cuerpo, sin la mediación que el significante introduce. Es un acontecimiento que atraviesa al cuerpo, lo invade y lo transforma en soporte de un goce que excede el principio del placer.

Siguiendo esta línea, Guinípero asevera:

La presentación habitual del paciente a través del enunciado ‘soy adicto’, revela, desde el comienzo de un tratamiento posible, una posición subjetiva, que se consolida en la identificación a un objeto del que no puede prescindir y por quien se ha tornado imposible, el sostenimiento de determinados lazos sociales (Guinípero; 2001)

Como señala Guinípero (2001), esta fórmula no sólo describe una conducta, sino que fija al sujeto en una identidad cerrada. La identificación al objeto del que “no puede prescindir” obtura la división subjetiva y reduce la complejidad de su posición al estatuto de consumidor.

El desafío clínico consistirá en introducir una fisura en esa identificación, de modo que el sujeto pueda desplazarse de la certeza identitaria hacia la pregunta por su deseo. Allí donde el “soy adicto” se presenta como definición totalizante, el trabajo analítico apunta a reinstalar la falta que esa identificación intenta suturar.

En la adicción podría ponerse en juego la fijación de un goce del cuerpo allí donde el deseo no logra articularse en el discurso. Teniendo en consideración la lectura de Lacan, el cuerpo es efecto del significante. Es el lenguaje el que recorta, marca y produce un cuerpo hablante, atravesado por el goce. En las adicciones, la sustancia parece operar directamente sobre el cuerpo. En este sentido, la intervención analítica que introduce un corte en el decir, podría producir efectos en el cuerpo mismo. De este modo, el trabajo analítico no apunta a moralizar el consumo, sino a incidir en la relación entre significante, cuerpo y goce.

IV. El campo del goce.

"Más allá del principio del placer" (1920) constituye un punto de inflexión en la obra de Freud, en tanto introduce una dimensión de la vida psíquica que no se deja reducir a la lógica del principio del placer. Allí Freud formaliza la compulsión a la repetición y la pulsión de muerte (Todestrieb), como fuerzas psíquicas que serán retomados por Lacan en su retorno a Freud para pensar aquello que insiste más allá de la simbolización.

Se trata de la introducción de una dimensión que desborda el orden de lo simbólico. Freud da cuenta de fenómenos clínicos donde el sujeto repite experiencias displacenteras, lo cual lo conduce a postular la existencia de una tendencia que no se orienta por la búsqueda de placer, sino por una satisfacción paradójica que se impone incluso bajo la forma del sufrimiento.

El campo del goce puede ser ubicado más allá del principio del placer, donde ciertas formas de satisfacción pulsional implican sufrimiento. Persiste un resto que se manifiesta en la repetición y que sólo puede ser abordado a partir de sus efectos. Ubicamos así una coexistencia entre placer y displacer que Freud señala, justamente, por sus efectos paradójicos. Este es el carácter novedoso de la obra freudiana (1920), donde propone la existencia de la pulsión de muerte o pulsión de destrucción. Así, la categoría de goce resulta difícil de definir ya que se sitúa más allá del significante.

El objeto a no se deja simbolizar ni imaginarizar; es el resto que resulta de la entrada del sujeto en el lenguaje. En esta operación se produce una pérdida estructural que causa el deseo, pero que también puede presentarse como punto de fijación de goce.

El concepto de "discursos" es una parte integral para comprender la dinámica del psicoanálisis y las estructuras lingüísticas y sociales que influyen en la subjetividad. La noción de discurso desarrollada por Lacan en el Seminario 17. El discurso no es simplemente lo que se dice, sino la estructura que ordena los lazos sociales y distribuye lugares y modos de goce. La entrada en el discurso implica la inscripción del sujeto en una red simbólica que regula su relación con el Otro y con el goce.

Sin embargo, esta inscripción no siempre se sostiene de manera estable. Pueden producirse accidentes por los cuales el sujeto quede en los márgenes del discurso. No se trata de una exclusión absoluta del lenguaje, sino de una precariedad en la articulación significativa que debilita la posibilidad de sostener una posición subjetiva. El sujeto se hace de un discurso auxiliar a partir del cual se restituyen los lazos a los otros.

En este sentido, la droga puede operar como un medio que permite al sujeto sostener algún tipo de lazo. Se trataría de un objeto sustituto que ofrecería una modalidad de relación con el goce frente a esta posibilidad de quedar por fuera del orden del lenguaje.

A partir de la lectura de Anabel Salafia (1990), podemos pensar que la adicción puede funcionar entonces como un modo de inscripción en un discurso, en la medida en que organiza prácticas, jergas y rituales compartidos. Lejos de constituir únicamente un fenómeno de ruptura, puede también operar como una forma de lazo social. La autora plantea:

Hay tres formas como el sujeto puede situarse respecto del discurso. El sujeto puede permanecer de algún modo al margen; porque, si no – dice Lacan –, no sabe: bien situado en el discurso, el sujeto debiera estar un poco al margen, para saber lo que dice. Pero lo más frecuente es que el sujeto se sitúe entre dos discursos; está en los avatares normales del complejo de Edipo que el sujeto se sitúe entre dos discursos – que podemos nombrar como discurso del padre y discurso de la madre –, ésta es la posición propia de la neurosis. Y hay otra posibilidad, que hemos venido trabajando, aquella donde el sujeto se encuentra fuera del discurso; se trata del sujeto en la psicosis (Salafia; 1990)

La droga se convierte en el objeto a partir del cual crear lazos, y la adicción el medio a partir del cual emerge una jerga particular que indica pertenencia. En este sentido, la dirección clínica consiste en interrogar la función que éste cumple en la economía subjetiva. Se trata de escuchar significativo por significativo, sin suponer de antemano qué lugar ocupa la sustancia para ese sujeto en particular.

La droga habilita un nuevo lazo con el objeto a que no es el exilio. Lazo no completamente mortífero. La adicción es un discurso del sujeto para seguir en el lazo. Se trata de escuchar el significante por significante, no pedir por el objeto de la adicción, ya que no sabemos qué función cumple.

En esta misma línea, el psicoanalista francés Jacques-Alain Miller, ha sugerido que hay sujetos que no encajan fácilmente en los discursos establecidos. Podríamos pensar entonces que estos discursos auxiliares proporcionan un marco de referencia que puede ofrecer un sentido y una identificación posible. Es así como los pacientes que se presentan con problemas de adicciones suelen haber roto lazos con familiares, amigos, y demás miembros de su anterior círculo social para vincularse cada vez más con grupos de pares que sean convocados por las mismas prácticas.

Estos discursos auxiliares pueden proporcionar una especie de "refugio" simbólico. En este contexto, la compulsión a la repetición puede leerse como un intento de inscribirse en el discurso, aunque sea a través de prácticas que lo sitúan en sus márgenes. Sin embargo, lejos de resolver la tensión estructural, la repetición intensifica la relación del sujeto con el goce. La experiencia subjetiva suele presentarse como una encerrona donde en el intento de obturar esa falta, el consumo reinstala al sujeto en un circuito de goce que lo enfrenta una y otra vez con la falta.

V. Adicción. Entre el goce, la angustia y el deseo.

A partir de la lectura de Lacan, podemos situar un punto central para pensar las adicciones: el objeto perdido se presenta bajo dos vertientes fundamentales, el deseo y la angustia. Es en esta tensión donde puede ubicarse la posición del sujeto frente al consumo.

En tanto que es la caída, por así decir de la operación subjetiva, en este resto reconocemos estructuralmente, mediante la analogía del cálculo, el objeto perdido. Con estos nos enfrentamos, por una parte en el deseo, por otra parte en la angustia (Lacan: 1962-1963, p. 175).

Podría pensarse que en el consumo se pone en juego algo del orden del deseo, en tanto éste se sostiene en la búsqueda de un objeto siempre perdido. Habría un deseo subyacente. Desde esta perspectiva, el consumo aparecería como un intento de aliviar la angustia que se presenta como vacío, como agujero en el que el sujeto se encuentra implicado.

Sin embargo, esta lectura resulta insuficiente. La insistencia en el consumo, la dificultad para detenerse —expresada en formulaciones como “no puedo parar” o “se ha apoderado de mí”—, así como la presencia de tendencias autodestructivas, nos invita a ubicar la adicción fundamentalmente en el campo del goce. De allí partimos.

Bajo esta lógica, numerosos autores han subrayado que el consumo de sustancias se inscribe en un campo del goce que excede al sujeto. Como señalan Lutereau y Belucci:

Al menos en el modo en que este objeto se inscribe en el discurso capitalista, funciona como un elemento que materializa la forclusión de la castración; es decir, no se trata ni de un objeto-vacío ni de un objeto coordinado con la falta, sino que presentifica la ilusión de un goce pleno aunque efímero, acorde a la economía de goce el capitalismo actual. (Lutereau y Belucci; 2017, p. 12)

La droga no se presenta como causa de deseo, sino como objeto que promete una satisfacción sin falta, en sintonía con un imperativo de gozar. Este imperativo capitalista se articula con la dimensión superyoica del goce. Lacan lo formula en términos contundentes: “Dios me pide que goce [...] Gozar a la orden es algo que, si es que la angustia tiene una fuente, un origen, debe de estar de algún modo ahí...” (Lacan, 1963, p. 91).

Lejos de prohibir, el superyó ordena gozar. En este punto, la adicción puede leerse como una obediencia extrema a este mandato, donde el sujeto queda capturado en una exigencia que lo empuja hacia un goce sin límite, frecuentemente ligado a la dimensión

mortífera de la pulsión. En esta línea, Sylvie Le Poulichet plantea que la operación del farmakon implica una forma de destitución subjetiva:

La operación del farmakon [...] participa de una forma de destitución de la subjetividad. Y lo que me interroga a través de los discursos de ciertos pacientes toxicómanos es, sin duda, esta puesta en perspectiva de un cuerpo del que se dispondría en la realidad para tratarlo y administrar directamente su goce [...] Además engendra una forma de desaparición del deseo, desde el mismo momento en que el cuerpo ya no es elaborado dentro de la articulación de los significantes. (Le Poulichet; 1996, p.77).

El consumo permite una intervención directa sobre el cuerpo, prescindiendo de la mediación simbólica. De este modo, el goce deja de estar articulado al deseo y se instala como experiencia inmediata que invade al sujeto.

La aspiración a un “goce con todo el cuerpo” implica una experiencia de fusión con el objeto, donde la distancia entre el sujeto y el objeto tiende a borrarse. En este movimiento, el sujeto puede llegar a identificarse con el objeto de consumo, ocupando el lugar de resto, de desecho, tal como se evidencia en expresiones clínicas donde se nombra a sí mismo como “porquería”.

Se trata de un goce que apunta a la abolición de los límites, orientado hacia una dimensión de aniquilación que puede articularse con la pulsión de muerte. En este punto, el goce no produce consistencia subjetiva, sino que amenaza con su disolución.

Le Poulichet establece una relación: “La operación del farmakón” como “formación narcisista”. Si el sujeto apunta a una experiencia de completud, la droga puede funcionar como un intento de suturar la falta, ofreciendo una consistencia corporal allí donde ésta se encuentra amenazada.

En este sentido, la autora propone pensar la sustancia como un “veneno que es también remedio”, en tanto permite modelar una forma corporal que, aunque transitoria, restaura una masa narcisista frente a la irrupción de lo intolerable. Se trataría de una forma fija, fijada, que intenta ligar aquello que desborda al sujeto. (Le Poulichet; 1996, p. 117).

Estas formaciones, que pueden adquirir un carácter casi alucinatorio, constituyen modos de recuperar algo del cuerpo, pero al precio de instalar lugares de goce que implican también un desvanecimiento del sujeto. Como señala Le Poulichet:

estas formaciones alucinatorias, que constituyen maneras de recuperar algo de la carne, representa sin duda lugares de goce, es decir, también lugares de desvanecimiento del sujeto. El goce no es el placer; tampoco es una conquista conciente de un sujeto, sino que lo atraviesa. Más bien sería comparable al dolor. El goce sería lo que se produce en ese encuentro con algo “real” en el seno de una dimensión alucinatoria (Le Poulichet; 1996, p.115)

El goce aparece así como una experiencia que irrumpe, más allá del control del sujeto, en el encuentro con lo real. En la articulación entre goce, angustia y deseo, la angustia ocupa un lugar central. Mientras que el goce tiende a la fusión con el objeto y a la abolición de la falta, el deseo sólo puede sostenerse a partir de una separación respecto de ese objeto.

Lacan plantea en su seminario 17 que el inconsciente permite situar un deseo, en un segundo tiempo inaugura el *Más allá del principio del placer* donde la repetición adquiere un estatuto central y establece: “lo que precisa de la repetición es el goce” (1970; p. 48). No se trata entonces de una insistencia significativa en busca de sentido, sino de la reiteración de un goce que se identifica y se sostiene.

La angustia surge precisamente en ese punto de separación, cuando el sujeto se confronta con la falta y con la imposibilidad de alcanzar una satisfacción plena. En las adicciones, esta dimensión se vuelve especialmente visible en los momentos de interrupción del consumo o en la recaída, donde el sujeto queda confrontado con aquello que el objeto venía a obturar.

La recaída puede pensarse como un momento privilegiado para observar esta tensión. El sujeto se encuentra dividido entre el intento de sostener una distancia respecto del objeto y la fuerza del goce que lo empuja a la repetición. No se trata simplemente de una falla de la voluntad, sino de una puja estructural entre el deseo —que introduce separación— y el goce —que insiste en la repetición.

La peligrosidad del goce radica en su carácter ilimitado, en la medida en que no reconoce las restricciones propias del principio del placer. El objetivo del trabajo analítico no consiste en suprimir el goce, sino en modificar la relación del sujeto con él.

Se trata de reintroducir la dimensión subjetiva allí donde el sujeto ha quedado capturado como objeto, posibilitando la articulación de una demanda y la emergencia del deseo. Esto implica poder soportar la falta, en lugar de intentar obturarla, abriendo la posibilidad de una relación menos mortífera con el goce.

CONCLUSIONES

Podríamos situar la adicción no tanto como un fenómeno centrado en el sujeto, sino en la particular relación que éste establece con un objeto. En este sentido, más que partir del sujeto para comprender el consumo, la orientación de este trabajo propone interrogar qué lugar ocupa el objeto en la economía psíquica y qué operaciones se juegan en torno a él.

Desde esta perspectiva, la droga no se reduce a la sustancia, sino que puede pensarse como un operador que organiza una modalidad de goce. En lugar de afirmar de manera taxativa que la adicción constituye un síntoma en sentido clásico, podría hipotetizarse que, en muchos casos, el objeto de consumo funciona como un intento de tratamiento de aquello que no logra inscribirse en el discurso. Se trataría menos de un “mensaje a descifrar” que de una práctica que hace consistir algo del cuerpo y del goce.

La problemática del consumo no es frente a la sustancia, sino en la relación que se instituye con la misma. El consumo se convierte en efecto social de exigencias, relaciones conflictivas, y dentro de la historia singular de un sujeto se encuentra una trama donde se instaura el padecimiento psíquico.

Podemos plantear entonces la siguiente hipótesis: antes que trabajar sobre el sujeto, sería preciso que el objeto pueda volverse perdible. Podría pensarse que sólo cuando algo de esa fijación se fisura —no necesariamente de manera total ni definitiva— se abren condiciones para que surja una pregunta, como posible efecto.

En este punto, la clínica no se orientaría en primer término a producir un sujeto que hable, sino a interrogar la función que el objeto cumple. ¿Qué tratamiento del goce posibilita? ¿Qué tipo de lazo sostiene? Estas preguntas apuntan a las condiciones mismas de posibilidad de la emergencia de un sujeto.

En esta línea, siguiendo a Sylvie Le Poulichet (1996), “lo tóxico” no remitiría a una sustancia específica o a una estructura clasificatoria, sino a una función que debe ser situada en cada caso. “Lo tóxico” no remitiría a una sustancia en particular, sino que se debe de considerar la situación particular, los relatos y la trama que se pone en juego. ¿Qué es lo problemático y para quién?

A su vez, resulta necesario introducir una cautela: las dificultades en la inscripción discursiva no implican necesariamente una exclusión estructural del discurso. Más bien, podría pensarse en términos de accidentes o contingencias que afectan la relación del sujeto con el lazo social. El objeto de consumo y ciertos modos de agrupamiento pueden leerse como intentos de sostener una forma de inscripción.

Desde esta perspectiva, la adicción podría ser pensada como una modalidad de lazo. No se trataría únicamente de ruptura o aislamiento, sino también de una forma de pertenencia, organizada alrededor de prácticas, códigos y rituales compartidos. Esto obliga a complejizar la mirada clínica: el consumo no sólo destruye lazos, también puede, paradójicamente, sostenerlos.

En cuanto a la relación entre goce, angustia y deseo, este trabajo ha intentado situar la angustia como un punto de inflexión posible. Mientras que el campo del goce tiende a la repetición y a la fijación, la angustia podría pensarse como aquello que emerge cuando el objeto deja de funcionar de manera consistente.

Sin embargo, es importante evitar formulaciones universales. No toda experiencia de consumo se acompaña de angustia, ni toda recaída implica necesariamente su presencia. Más bien, podría hipotetizarse que en aquellos momentos en que la angustia irrumpe, algo del circuito de goce se desestabiliza, y podría habilitar la emergencia de una pregunta posible.

En este sentido, expresiones clínicas como “me gusta y no puedo parar” o “ya perdí demasiado” permiten entrever una tensión que no se resuelve fácilmente entre placer, sufrimiento y pérdida. Lejos de oponerse de manera simple, estos términos se encuentran entrelazados en una economía que nos remite al campo del goce al cual referimos.

La intervención analítica, entonces, no se orienta a suprimir el consumo ni a moralizar la conducta, sino a incidir en la relación del sujeto con el objeto. Esto implica, en primer lugar, poder situar la función del objeto, y eventualmente producir algún

desplazamiento que lo vuelva menos absoluto, perdible. Sólo a partir de allí el efecto podría abrir la posibilidad de que algo del sujeto se ponga en juego.

En esta línea, más que afirmar que “la adicción es...”, este trabajo propone una vía de lectura: pensar las adicciones como relaciones singulares en las que un objeto viene a organizar el goce, sostener un lazo y, en algunos casos, velar la angustia. Se trataría entonces de un campo de problemas que no admite definiciones cerradas, sino que exige ser abordado caso por caso, atendiendo a la función que el objeto adquiere en cada historia.

La respuesta del analista no debería ser: “dejar de drogarse”, sino emprender un camino que pueda trabajar con el objeto, restituir la palabra y a partir de allí repensar los lazos que acompañan una dimensión subjetiva. “La escucha del analista intentará situar el lugar que el tóxico ocupa en su discurso, revelando la función del goce, en la economía libidinal de cada paciente”. (Inchaurreaga; 1997; p. 112)

¿Qué es una adicción? Los pacientes se lamentan: “¿por qué todo lo que me gusta hace mal?” La pregunta se convierte en una vacilación sobre los excesos. Dentro de las dificultades por definir al goce, cuya principal característica es resistirse a todo intento de conceptualización, podríamos acercarnos a la propuesta de Lacan cuando plantea que se trataría de aquello cuya falta haría vana la existencia.

He oído a un paciente utilizar la noción de “reincidencia” cuando no aparece la culpa ni el arrepentimiento. Demandado a arrepentirse. Podríamos sin embargo pensar que es la angustia aquel afecto que nos acerca a que se abran nuevas cadenas en los campos discursivos.

“Es ahí donde estaba el plus de goce, el gozar del otro, adonde yo, en tanto profiero el acto psicoanalítico, debo llegar” (Lacan; 1940; p. 56). ¿Qué es lo que define al analista? – habiendo realizado una lectura de Lacan, podríamos pensar que lo que se espera de un analista es que haga funcionar su saber como término de verdad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1920/2013). Más allá del principio del placer. En *Más allá del principio del placer, Psicologías de las masas y análisis del yo, y otras obras*. Obras completas Volumen XVIII (pp. 1-62). Amorrortu Editores. Argentina.
- Freud, S. (1923/2013). El Yo y El Ello. En *El Yo y el Ello y otras obras*. Obras completas Volumen XIX (pp. 1-66). Amorrortu Editores. Argentina.
- Inchaurraga, S. (1997). *Drogas y Drogodependencias*. Centro de Estudios Avanzados en Drogodependencia y SIDA. Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina.
- Lacan, J. (1954-1955). *Seminario 2. El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Lacan, J. (1962-1963). *Seminario 10. La Angustia*. Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Lacan, J. (1964). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Lacan, J. (1969-1970). *Seminario 17. El Reverso del Psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Lacan, J. (1973). *Seminario 20. Aun*. Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Le Poulichet, S. (1996). *Toxicomanías y Psicoanálisis*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Lutereau, L. Belucci, G. (2017). *El objeto droga y sus destinos*. Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Revista Científica. Vol. 22, N°2.
- Melenotte, G. (2004) *Sustancias del imaginario*. Editorial Psicoanalítica de la Letra A.C. México.
- Salafia, A. (1990). *Esquizia y necesidad de discurso*. Ediciones Kliné. Buenos Aires, Argentina.